



Uñas Rojas

Sillary Blank

El erotismo es cuando la imaginación hace el amor con el cuerpo.

Emmanuel Boundzéki Dongala



Este libro está autopublicado en EntreEscritores.com red social de obras inéditas donde los escritores pueden ser publicados por una editorial con el apoyo de los lectores.

Comparte tu opinión con el autor y cientos de lectores:

<http://bit.ly/UñasRojas>

EL VOYERISTA

Al finalizar el verano del año 1975 yo era un muchacho de doce años que se debatía entre la nostalgia de dejar atrás la niñez y las complicaciones de la adolescencia. Era tiempo también de regresar al colegio y con ello descubrir que esta sensación tan extraña no era ajena a mis amigos pues Alex, Pablo, Jaime, Carlos y Sebastián también demostraban inquietudes algo distintas a las que habíamos disfrutado juntos tan sólo un año atrás pues los partidos de fútbol, que antes gozábamos simplemente corriendo de un lado a otro sin más preocupación que no perder de vista aquella pelota, se habían transformado en un juego bullicioso que tenía como principal fin el lograr que aquel grupo de chicas, a las que tanto habíamos odiado y tanto se habían esforzado en ridiculizarnos, nos miraran.

Los cambios al parecer no sólo se presentaban en nuestras almas, cuerpos y voces, sino también en nuestro entorno pues nuestro colegio pueblerino había tomado la decisión que para lograr un mejor desempeño de sus alumnos en las universidades de la ciudad era de imperiosa necesidad el aprendizaje de inglés.

Es así que después de la formación del lunes todos los alumnos, como era costumbre, pasábamos a ocupar nuestros salones de clases. No habíamos terminado de acomodarnos en nuestros nuevos y relucientes pupitres cuando la Sra. Amanda, la directora del colegio, entró y con voz ceremoniosa nos dijo:

—Distinguidos alumnos, este año tenemos una novedad que estoy segura será de su agrado. A partir del presente mes cada uno de ustedes se verá beneficiado con el aprendizaje de la lengua universal: el inglés. —Tomó aire y con una sonrisa amplia continuó —: Para ello queridos alumnos, nuestro colegio ha realizado grandes esfuerzos para que ustedes puedan contar, a partir de la fecha, con la participación de Miss Pamela Smith, profesora graduada en una de las más prestigiosas

universidades de los Estados Unidos, para quien pido un fuerte aplauso.

Todos boquiabiertos vimos como aquella joven mujer entraba al salón llenando todo con su belleza, no era muy alta pero tenía los ojos más lindos que se hayan visto por ese lugar, azules como el cielo y una larga cabellera rubia y ensortijada que sujetaba hacia atrás. Venía vestida de vaqueros y sandalias que dejaban ver sus preciosos pies adornados de uñas rojas. Cuando entró dijo en un castellano mal pronunciado:

—Hola... soy Miss Pam.

Poco a poco, todo el alumnado masculino de aquel colegio estuvo pendiente de Miss Pam. Alex y yo habíamos ideado una manera de tenerla cerca y sobre todo, una manera de poder admirar mejor su belleza pues mientras ella dictaba su clase de inglés nosotros constantemente la interrumpíamos levantando la mano para que se acerque a nuestro pupitre para revisar si alguna palabra que se plasmaba en nuestro cuaderno estaba bien escrita y por supuesto, ella se agachaba y nos mostraba sin querer aquel escote donde se iniciaban sus dos redondeados, voluminosos y rosados pechos que nos hacían soñar. Lo hicimos tan evidente que una vez en el recreo Pablo, que a pesar de ser el menor era el más alto y sabido de todos nosotros, nos dijo:

—Par de pendejos, ¿no? ¿Creen que no nos hemos dado cuenta de cómo le miran las tetas a la gringa?

Todos los demás soltaron una estupenda carcajada en señal de aprobación, pero yo no me sentí alagado por el contrario sentí vergüenza de haber sido descubierto. Sin embargo, lo que más me extrañaba era que a pesar de mis esfuerzos cada noche me era imposible dormir sin pensar en la sonrisa y en el cuerpo de aquella hermosa mujer.

Pasaron varios meses y con ellos el frío del invierno costero también apareció haciendo que Miss Pam se abrigara más dificultando mucho nuestras argucias para mirar aquella zona que tanto nos gustaba; pero en compensación lucía apretados jersey que nos mostraban su sugerente figura.

Una mañana de sábado mi madre decidió que tan pronto termináramos de almorzar partamos junto a mi abuela a visitar a una vecina anciana y enferma. La idea no me resultó para nada atractiva pero contrariamente a lo que mi madre pensaba yo aquel día me sentía mal. Me dolía muy fuerte la cabeza y no tenía ánimos ni para comer. Mi abuela me tomó de la mano y me llevó con dulzura a mi cama, puso su mano sobre mi frente y dijo:

—Rosaura, este muchacho está con fiebre ¡dejémoslo descansar!

Mi madre presurosa trajo el termómetro y me lo puso en la boca, al cabo de un momento lo revisó y me dio un jarabe diciéndome con ternura:

—Hijito, lo siento, no podrás acompañarnos. Tendrás que quedarte solo porque Fabio ha salido, pero no temas volveremos tan pronto como podamos.

Fabio era mi hermano mayor, tenía la suerte de haber terminado el colegio y de trabajar en la farmacia del pueblo, lo que le daba la independencia necesaria para no tener que acompañar a mi madre a cuanto sitio a ella le apetecía.

Cuando mi madre y mi abuela se marcharon, me sentí tan mareado que me acurruqué en mi cama hasta quedarme dormido pero una hora más tarde el sonido y las risas que se sentían en la sala de mi casa me despertaron. Aún estaba mareado y mi cuerpo estaba sudoroso pero mi curiosidad por saber lo que pasaba me hizo levantarme de la cama y salir de mi habitación sin zapatos tratando de no hacer ningún ruido.

Me acerqué tanto como pude a la puerta de la sala que estaba entreabierta dejándome ver, sin ser descubierto, lo que ahí sucedía. Miré sorprendido que Fabio bailaba con Miss Pam ¡No sabía que se conocían! La música era alegre y ella bailaba levantando los brazos y moviendo sus caderas al compás a la vez que Fabio con torpeza seguía sus movimientos esforzándose por no perder el ritmo. De pronto él extendió sus brazos tratando de atrapar aquellas voluptuosas caderas y Miss Pam riendo coqueta se lanzó en una loca carrera por la sala simulando no querer dejarse atrapar.

Cuando la música se tornó más tranquila Miss Pam se quedó quieta y con un lenguaje de miradas que yo no comprendía hizo que Fabio se acercara a ella, la tomara por la cintura abrazándola muy fuerte, mientras que ella rodeaba con sus manos su cuello y ambos acercaron sus bocas hasta fundirlas en un beso interminable moviendo sus caderas muy juntas al compás de la música.

En forma súbita Fabio, sin dejar de besarla, soltó su cintura e introdujo sus manos debajo del delgado polo que ella llevaba acariciándole la espalda, parecía gustarle porque lo abrazaba y besaba aún con más fuerza. De pronto Miss Pam se hizo hacia atrás y mirándolo sonriente tomó su camisa desabrochando uno a uno los botones hasta despojarlo de ella. Fabio, no lo dudó y en un movimiento rápido dejó descubiertos esos redondos y carnosos pechos que yo tantas veces había imaginado y que él ahora acariciaba y besaba con frenesí mientras ambos seguían moviéndose al ritmo de la música.

Miss Pam tomó a mi hermano de la mano y sonriéndole lo llevó al sillón, se tumbó de espaldas con las piernas sugerentemente abiertas, Fabio sumergió una mano debajo de aquella diminuta falda, no alcanzaba a ver bien lo que hacía pero Miss Pam cerraba los ojos disfrutando de sus caricias. Yo, escondido, sentía como mi respiración se aceleraba, mi corazón latía con tanta fuerza que podía sentirlo en las sienes, tenía miedo de ser descubierto pero al mismo tiempo deseaba seguir mirando.

En un momento, Fabio sin dejar de acariciarla acomodó su cuerpo desnudo sobre ella haciendo movimientos ondulantes cada vez más rápidos, ella reaccionó arqueando el cuerpo hacia atrás, su respiración se tornó fuerte...rápida y la forma como sus blanquísimos pies de uñas rojas estrujaban el cobertor del sillón dejaba ver que se retorció de placer, gimiendo y diciendo en forma entrecortada:

—Yes... yes... yes...

No recuerdo como terminó todo, debo haber vuelto semi-inconsciente a mi cama pues después de mucho rato, cuando ya era de noche, me despertó mi abuela con su mano en mi frente diciendo:

—Estás con fiebre.

No quería saber más, cerré los ojos pero lo contemplado aquella tarde se repetía en mi cerebro por fragmentos, el beso apasionado de

ambos, los senos desnudos de Miss Pam, sus uñas rojas, los movimientos ondulantes de mi hermano... y yo sólo quería que me dejen dormir.

LORENA

Habían transcurrido dos años desde que mi mujer me había dejado y yo había logrado superar mi soledad perdiéndome entre mi trabajo y miles de libros que durante años había postergado leer.

En aquellos tiempos yo era profesor en una academia que se dedicaba a formar enfermeras técnicas, tenía varios cursos a mi cargo, entre ellos Anatomía II que se llevaba en el último semestre de la carrera. Mi vida era tranquila y nada me hacía pensar que podría sucumbir a las tentaciones de Lorena.

Recuerdo el día que entré, como en cualquier ocasión, a mi clase con los exámenes parciales corregidos. Una a una iba llamando a las alumnas, entregándoles el examen pero cuando le tocó su turno, Lorena se acercó a mí lentamente y en vez de tomar su examen posó su mano sobre la mía por un instante. La miré sorprendido pero ella, lejos de avergonzarse fijó sus ojos en una forma que me sobresaltó, no de miedo, no de indignación sino de deseo.

Durante los siguientes días, traté de olvidar aquella mirada, traté de culpar a mi imaginación por estar suponiendo cosas, pero fue difícil, ansiaba que llegara el martes para volverla a ver.

Así me sorprendí acicalándome más de la cuenta, «*estás loco*» pensé y me coloqué el traje para dirigirme al instituto. En cuanto entré al salón, la vi, estaba sentada en primera fila, vestida de pantalones muy apretados y un par de botas negras taco aguja que encontré muy sensuales. La fuerza de su mirada era impactante y no me daba tregua para zafarme de ella, de pronto nuestros ojos se cruzaron y me regaló

un disimulado guiño de ojo, traté de fingir y continuar mi clase con normalidad pero cuando pensé que lo había superado instintivamente volví a mirarla y noté como mojaba sus labios rojos en forma insinuante con la punta su lengua. Traté de controlar mi nerviosismo pero fue en vano, por lo que preferí terminar la clase con prontitud. Salí del salón sin mirarla, entré a la Sala de Profesores y tomando un vaso de agua pensé *«¡tantos años enseñando y nunca me había pasado algo así!»*, con el transcurrir de los minutos y en aquella soledad de la habitación pude, con dificultad, recobrar la tranquilidad.

La siguiente clase fui más calmado, respiré hondo y entré al salón, traté de no buscarla entre las alumnas pero se había sentado frente a mi pupitre, puse mis libros sobre él y al levantar la vista la sorprendí con la mirada fija en mí, la esquivé e inicié el dictado de mi clase en forma bastante normal. De pronto me sorprendió el sonido de la caída de un libro, reaccioné agachándome para recogerlo y mientras me levantaba pude ver sus perfectos pies en tacones aguja, sus hermosas pantorrillas envueltas en medias de seda negra y sus provocativos muslos que apenas se cubrían con una corta y ceñida falda. Nervioso coloqué el libro sobre su carpeta y ella sonriéndome con picardía, me dijo:

—Muchas gracias, profe. —Me ruboricé y evadiendo su intención traté de continuar con mi clase; sin embargo, las demás alumnas algo debieron notar pues pude escuchar murmullos y risillas inquietas alrededor.

Transcurrieron dos semanas y cada clase Lorena se encargaba de hacerme perder el hilo de mis pensamientos con sus gestos insinuantes, sus miradas provocativas y la forma como acariciaba o frotaba sus piernas mientras yo hablaba. Era común que saliera perturbado de aquel salón y en muchas oportunidades, en que no tenía clases con ella, me sorprendí buscándola por los pasillos y patios del instituto naciendo en mi interior una ansiedad incontrolable por volverla a ver.

Un día llegué a clases, miré su carpeta y no la encontré, me sobresalté y la busqué con la mirada por todo el salón *« ¡no está!, ¡no ha venido!»* pensé tratando de guardar la calma pues la atracción que sentía por ella era cada vez más intensa. Dicté una clase sin coherencia, no podía concentrarme en lo que estaba haciendo y mi mente se distraía repitiendo una y otra vez las actitudes de Lorena que ese día me

hacían tanta falta. Cuando logré concluir la clase, me alejé presuroso de aquel lugar que me recordaba a ella y me sumergí en la soledad de la Sala de Profesores, tratando de controlar mis emociones.

Hacía calor, puse mi saco en el perchero, me senté frente a la mesa y abrí un libro tratando de concentrarme en su lectura. Había recuperado la calma cuando sentí que tocaban la puerta, levanté los ojos y ahí estaba Lorena mirándome lascivamente, no esperó a que la invitara a pasar, dio dos pasos adelante y me dijo:

—Profe, disculpe usted mi inasistencia el día de hoy pero creo que después de estas semanas convendría que me diera la sesión en forma personalizada.

—¿Personalizada? —pregunté titubeando.

Caminó con lentitud hasta colocarse detrás de mí, puso sus manos sobre mis hombros y acariciándolos con sutileza continuó:

—Sí, profe. Yo no he logrado buenas calificaciones con la teoría y pienso que sería mejor que me enseñe usted en forma práctica alguna de sus interesantes clases de anatomía.

Pude ver sus delicadas manos, ataviadas de largas uñas rojas, deslizándose con suavidad por mi pecho, al mismo tiempo que acercaba su boca a mi oído para susurrar:

—Enséñeme profe... hm... aproveche que hoy no traigo ropa interior.

Mientras yo trataba de ordenar mis pensamientos, ella se apartó de mí, abrió la puerta del baño y entró invitándome a seguirla. La adrenalina brotó con desmesura, entré a aquel baño y la tomé entre mis brazos mientras que ella me besaba apasionadamente. Acaricié su pelo ensortijado, me enardecía la forma como mis dedos se enredaban en él al mismo tiempo que ella recorría con sus labios mi cuello y mi pecho. La aparté un poco de mí, abrí los botones de su blusa, quité con pericia su corpiño, acaricié sus senos desnudos y mordí sus pezones mientras que ella liberaba mi virilidad que se endurecía aún más con el contacto de sus manos.

Aprisioné su pecho desnudo junto al mío y sin dejar de besarla hurgué debajo de su falda comprobando que no me había mentido ¡no traía

ropa interior!, me excité aún más. La tomé por la cintura haciéndola girar para besar su nuca y recorrer con mis labios su espalda en tanto mis manos transitaban por su vientre hasta explorar su sexo humedecido. Su respiración era rápida, jadeaba pidiéndome más. Levanté su pequeña falda palpé con fuerza sus redondeadas nalgas apenas cubiertas con un delicado portalignas negro, separé con suavidad sus preciosas piernas de seda diciéndole:

—Prepárese señorita, porque estoy seguro que la clase de hoy ¡nunca la olvidará!— Y arremetí con fuerza dentro de ella que gemía de placer en tanto que yo me estremecía hasta perderme totalmente en su joven y maravilloso cuerpo.

Cuando todo terminó, ella con total naturalidad se colocó el corpiño, cerró uno a uno los botones de su blusa, se acomodó la falda, se miró al espejo pintándose los labios de rojo carmesí, arregló su magnífica cabellera y se acercó a mí diciéndome:

—Es usted un grandioso profesor ¡espero poder repetir esta clase en algún otro lugar! —Me guiñó un ojo, abrió la puerta y se marchó.

Yo me quedé absorto ¡no salía de mi sorpresa por lo que había pasado minutos antes!, tomé mi ropa y me vestí con rapidez. Al salir del baño encontré a Alicia, la profesora de Biología que sorprendida dijo:

—Hace un momento me topé con una alumna ¿Qué hacía ella aquí?

Posó sus ojos en mí, puso cara de desagrado y sin esperar mi respuesta tomó sus cosas, dio media vuelta y se marchó.

Cuando llegué a mi casa esa noche, me sentía desorientado, pensaba que todo había sucedido en mi imaginación como una respuesta a la inquietud que había sentido por no ver a Lorena en clase. Traté de tranquilizarme, me serví un trago, prendí el televisor y al quitarme la camisa grande fue mi sorpresa al observar que tenía varias manchas de colorete en el cuello. Entendí entonces la mirada de Alicia y sonreí comprobando que aquella tarde en brazos de Lorena ¡había sido realidad!

Una Noche con él

Recuerdo que habíamos viajado largas horas, llegamos de noche y estábamos cansados. Había emprendido este viaje acompañando a mi marido, Antonio, a seguir una famosa carrera automovilística que por primera vez se realizaba en Sudamérica. Antonio había manejado varias horas y no estaba de buen humor pues su piloto preferido no había logrado colocarse en un lugar expectante hasta la fecha.

Llegamos al hotel que él había reservado con antelación, estacionamos el auto y nos dirigimos en silencio a nuestra habitación. Al prender la luz tuve una sensación desagradable, era una habitación pequeña y las camas se veían muy juntas:

—No me gusta —dije.

—Pues, esto es lo que hay —me contestó Antonio levantando un poco la voz, sin mirarme dejó las maletas en el suelo y entró al baño— Me voy a duchar para salir a cenar.

Alisté su ropa e hice lo propio con la mía, él demoró un largo rato en la ducha y cuando salió me advirtió:

—Apúrate que se hace tarde ¡ahh y ya casi no queda agua caliente!

Tomé mi toalla, entré al baño en la seguridad de que para mí no quedaba agua caliente ¡y no me equivoqué! Mientras me duchaba seguía pensando si era necesario continuar sintiéndome casi una esclava sólo por seguir manteniendo una situación económica como la que había

conseguido con este matrimonio, pero el agua fría no me dejó encontrar una respuesta.

Salí tiritando, me cubrí con la toalla, estaba secándome el cabello cuando Antonio irrumpió furioso.

—¡No encuentro mi pijama azul! ¡Espero que no lo hayas olvidado!

—No traje el azul, sino el verde que creo que es más cómodo, disculpa debí preguntarte.

—¡Pues hiciste mal! ¡Necesito el azul y ahora tendré que resignarme a un pijama que no me dejará descansar como deseo!— Y salió del baño con un fuerte portazo.

Me vestí en forma rápida, me puse un poco de rubor en la cara, rímel y lápiz labial. Estaba apurada pues sabía que si me demoraba acrecentaría su furia y no era conveniente.

Al salir del baño, me llamó la atención encontrarlo tumbado sobre la cama en pijama viendo televisión.

—Cariño ¿no íbamos a cenar? —pregunté en tono conciliador

—No, ya no, con el enfado se me ha pasado el hambre.

Respiré profundamente, me senté en mi cama y al sentirla tan dura, sin pensarlo, volví a reclamar.

—¡Qué cama tan dura! ¡Qué horrible lugar!

No había terminado de hablar cuando Antonio se levantó de manera brusca de la cama y furioso empezó a gritar:

—¡Me tienes cansado! ¡No paras de quejarte!

—Cariño, no te enfades, es que creo que pudiste haber reservado algo mejor.

—Pues si te disgusta tanto ¡vete a otra parte! —prosiguió gritando.

—Creo que no es forma de tratarme Antonio, yo sólo trato de buscar algo de comodidad para los dos.

—¡Me has hartado, no debí traerte!

—Antonio, pues estoy acá y me hubiera gustado pasar una noche agradable en un lugar bonito —le respondí indignada, lo que lejos de calmarlo; lo exaltó más.

Furioso tomó mi almohada y algo de ropa que había sobre mi cama y gritó:

—¡Si tanto te molesta esta habitación, vete a dormir al auto y déjame tranquilo! —Me empujó hacia la puerta, tiró las llaves del auto en el pasillo y me dejó afuera.

Me quedé aturdida, después de unos breves momentos insistí en que me dejara entrar pero fue en vano no abrió y desde el interior gritó furioso.

—¡Basta, vete de una vez!

Respiré con fuerza, traté de calmarme pero en mi cabeza retumbaban las preguntas «*¿Por qué tanta violencia? ¿Por qué si yo lo único que hago es desvivirme porque él sea feliz?*». No encontraba respuestas y a pesar de que generalmente yo sabía comprender sus enfados en esta ocasión no sabía cómo actuar. Sentí que los ojos se me humedecían, traté de calmarme y quise regresar a la habitación pero sabía que sería una decisión equivocada.

Caminé abrazada de mis cosas por el pasillo, entré al ascensor y bajé hasta la cochera, no recordaba dónde habíamos dejado el auto y con las lágrimas contenidas no me era fácil buscarlo. Deambulé algunos minutos hasta que por fin lo encontré, abrí la puerta, me senté en el asiento del piloto, me abracé del timón y por fin pude llorar. No sé cuánto tiempo había pasado cuando suaves golpes en el vidrio de la puerta llamaron mi atención.

—Señora ¿la puedo ayudar?

Abrí la ventana y reconocí el rostro del guardián de la cochera que me miraba con ojos de preocupación.

—No, no gracias, no es nada, deseo estar un rato sola, disculpe ¡no lo molestaré!

—Está bien, daré unas vueltas alrededor y volveré para ver si se le ofrece algo.

Le agradecí y volví a cerrar la ventana. Traté de tranquilizarme pero era difícil, las lágrimas me caían por el rostro sin ningún control, me sentía desamparada, comprendí que estaba sola, condenada a pasar la noche en

el asiento del automóvil y que mi marido no se apiadaría de mí. Como tantas otras veces traté de reconfortarme recordando los momentos que mi matrimonio con Antonio me habían hecho tan feliz; aquellos en los que disfruté de maravillosos viajes; las veces que concurrí de su brazo a hermosas fiestas pero no lo logré y la tristeza me sobrepasó ¡no podía dejar de llorar! Incliné el espaldar del asiento para darme comodidad y me cubrí con un brazo la cara para tratar infructuosamente de dormir. De pronto sentí pasos que se acercaban, me incorporé para ver mejor y pude ver la figura de aquel hombre, el guardián, que se acercaba al auto.

—Señora, quisiera ayudarla. No debe usted quedarse sola acá.

Abrí la ventana, traté de evitar su ofrecimiento pero no pude y por el contrario lloré sin poder parar.

—No sé qué le ha sucedido pero créame que con seguridad mañana se sentirá mejor. Ahora por favor vuelva usted a su habitación — me dijo con voz suave.

—No puedo, mi marido no me quiere allá y será mejor que duerma aquí —respondí entre sollozos.

Guardó silencio por unos minutos, se apoyó en el borde de la ventana y me dijo con dulzura:

—Sé que soy tan solo un guardián de estacionamiento pero puedo escucharla si eso alivia sus penas.

Era tal mi desamparo que al sentir su ofrecimiento no me negué y le conté lo ocurrido. Cuando terminé, tomó mi mentón y levantando mi cara me dijo:

—¡Usted no merece estar así! ¡Usted no merece pasar una noche sola en un automóvil! ¡Usted no merece sufrir de esta manera!

—¿Pero qué puedo hacer? ¿Dónde puedo ir? Estoy en un país que no es el mío, traigo poco dinero y dependo de mi marido para volver ¡qué infeliz soy!

Abrió la puerta del auto, se acercó a mí y me levantó con sus brazos sacándome de allí. Era extraño pero no sentía ningún temor por el contrario sentía que ese hombre, a quien yo no conocía, trataba de protegerme inclusive de mí.

—No estará sola, yo la cuidaré y le prometo que no sucederá nada que usted no desee. Confíe en mí. —Puse mis manos alrededor de su cuello y dejé descansar mi cabeza en su pecho mientras que él caminaba conmigo alzada entre sus brazos. Era extraño pero me sentía sumamente cómoda con él.

Abrió una puerta tras la que se encontraba una pequeña pero limpiísima habitación, me colocó con suavidad sobre la cama, acarició mi pelo y me dijo:

—Duerma acá, no se preocupe yo velaré su sueño y mañana se repondrá. —Tomó una suave frazada y me arropó. «*¡Hace cuánto que nadie me trata así!*» pensé mientras que él se alejaba y tomaba una nueva posición en un sofá desde donde me miraba con una mezcla de ternura y lástima.

Traté de dormir sin resultado, mi mente no dejaba de cuestionarme el hecho de estar sola con un hombre desconocido en su habitación. Ansié que Antonio se hubiera apiadado de mí y me hubiera buscado; sin embargo, reviví la forma como me había echado de la habitación, la forma como muchas otras veces me había tratado y las muchas veces que había deseado vengarme de él en brazos de otro hombre. Ahora, me encontraba lejos de mi hogar, lejos de mis amigos y de mi familia, lejos y sola con aquel hombre desconocido que me cobijaba, sentí que había llegado el momento de resarcirme de tanto sufrimiento y me di la oportunidad de disfrutar de esta aventura que el destino me había entregado sin yo buscarla. Entonces busqué la mirada de mi protector y le dije:

—Échate a mi lado— tomé una de sus manos atrayéndolo hacia mí. Lentamente se levantó, se quitó la casaca y se tumbó a mi lado, abrazándome de tal manera que yo me sentí muy pequeña pero muy segura en sus brazos. Ambos permanecimos inmóviles pero cómodos, esperé que fuera él quien tomara la iniciativa pero no fue así y pensé «*desea que lo haga yo*», entonces junté mi cuerpo mucho más al suyo y él acercando su cara a la mía preguntó:

—¿Estás segura? —asentí sin hablar y me besó ya no con ternura ni lástima sino con pasión.

Cuando se apartó de mi boca prosiguió besando mi cuello haciéndome estremecer ¡hacía tanto tiempo que nadie me recorría con esa dulce pasión!, siguió su camino por mi pecho abriendo cada uno de los botones

de mi blusa hasta dejar mis senos desnudos esperando sus caricias. Mientras mordía despacio uno a uno mis pezones, enredé mis dedos entre su pelo cano y acerqué mi nariz aspirando «¡qué olor tan varonil!» pensé excitándome aún más y empujé con suavidad su cabeza invitándolo a seguir explorando con sus labios mi cuerpo que esperaba fervoroso por alguien como él.

Se detuvo en mi vientre sin dejar de tocar mis senos mientras que yo disfrutaba del placer que sus caricias me procuraban, de pronto se incorporó, abrió con suavidad mis piernas, separó lentamente uno a uno los pliegues de mi intimidad y la empezó a besar posando su lengua en mi punto más sensible haciéndome estremecer, cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación hasta explotar. Cuando recobré la conciencia lo miré y le dije:

—¡Es tu turno! Déjame hacer lo mismo por ti —. Abrí su cremallera y dejé salir su masculinidad endurecida, la tomé entre mis manos y la recorrí con la punta de mi lengua varias veces hasta que la puse entre mis labios para darle placer sintiendo como se endurecía aún más.

En el momento que sentí oportuno me separé de su cuerpo y me acomodé sobre la cama diciéndole:

—¡Hazme tuya, por favor!

Él sin dejar de mirarme, acomodó su cuerpo con suavidad sobre el mío, poco a poco llenó la profundidad de mi ser y con movimientos suaves pero constantes logró llevarme hasta el más agradable éxtasis que una mujer puede tener a la vez que él también se perdió embriagado en mí.

Aún jadeante y complacida me quedé dormida abrazada de él, perdí la noción del tiempo hasta que dulces besos sobre mis ojos me despertaron.

—Amanece princesa, debes marcharte ya.

Deseé nunca tener que apartarme de su lado y abrazándolo con fuerza volví a dejarme amar por aquel hombre desconocido que me hacía tan feliz. Cuando no había forma de robarle más tiempo al día, tomé una ducha rápida mientras que él me contemplaba sonriente desde la puerta del baño. Me vestí y volví a abrazarlo tratando de impregnarme de su olor y llevármelo para siempre.

—¡Gracias! Me has devuelto la autoestima, ahora sé que soy digna de ser amada. —Me acerqué a besarlo con ternura. Llegada la hora de separarnos, abrí la puerta pero súbitamente me asaltó una duda y le pregunté:

—¿Cómo percibiste que podía suceder algo así?

—Con solo mirar tus bellas manos y tus sugestivas uñas rojas, supe que eras una mujer que pese a su sufrimiento estaba ávida de pasión. Ahora ¡vete princesa y no dejes que nadie te vuelva a maltratar!

Sonreí coqueta, cerré la puerta detrás de mí, respiré profundamente y me dije con total seguridad «*Desde ahora, así será*»



Este libro está autopublicado en EntreEscritores.com red social de obras inéditas donde los escritores pueden ser publicados por una editorial con el apoyo de los lectores.

Comparte tu opinión con el autor y cientos de lectores:

<http://bit.ly/UñasRojas>

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>